

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Núm. 42

LA ETERNA
LLAMA



25 cénts.

Protagonista:
Norma Talmadge

Revista Semanal



LA ETERNA LLAMA

(THE ETERNAL FLAME, 1922)

Argumento, en forma de novela, de la película
del mismo título. Exclusiva de «Gaumont»;
Valencia, 274.

PROTAGONISTA: NORMA TALMADGE

1

Durante el alegre período del reinado de Luis XVIII de Francia, un día, algunos hombres pertenecientes a la joven aristocracia, al volver de una partida de caza, comieron en la hostería «El Oso Salvaje».

La comida se daba en honor del duque de Laugeois que había recibido orden del rey para ponerse al frente de una división militar del Sur de Francia.

Al final de la comida, como ocurre en todos estos banquetes, hubo brindis, palabras halagadoras, indirectas, frases ingeniosas; todo el repertorio, en fin.

El conde Enrique de Marsay, alzándose de su asiento y con voz imponente, dijo:

—Brindo por el hombre más valiente de Francia.

El duque, que era el aludido, rechazó, con frases mesuradas, el elogio. Y el conde añadió:

Sólo un hombre muy valiente es capaz de arriesgarse a dejar sola y sin salvaguardia a la mujer más hermosa de París.

En efecto, la duquesa era una de las mujeres más bellas que han nacido y vivido en la capital de Francia.

El duque se sintió orgulloso de que se hablara de su mujer, entre sus amigos, con tanta admiración. Y contestó a las palabras del conde:

—No es en mí en quien confío, caballero, sino en mi esposa.

—Sin que esto quiera decir que dudo de la honorabilidad de su esposa, le diré, duque, que no debe confiar en ella, ni en ninguna mujer, de un modo tan absoluto. La experiencia nos enseña que hay siempre un camino para llegar al corazón de una mujer.

—Al de mi mujer, no se llega por ningún camino—repuso el duque con tono de seguridad.

—Apuesto contestó el conde,—que antes de que abandonéis París, la señora duquesa se dignará aceptar mis atenciones.

—Acepto la apuesta.

Se pusieron de acuerdo. Y en seguida, el duque, alejándose de sus amigos, empezó a galantear a la criada de la hostería. Y uno de los cazadores, al verle, exclamó:

—Es una triste verdad que el hombre más inmoral es quien más virtud exige de su mujer.

La criada rechazó, indignada, los galanteos del duque. Los amigos se rieron y pronunciaron algunas palabras alusivas a la apuesta, a la criada, al conde, a lo que podrán pasar. Todos rieron ruidosamente, y así terminó la comida.

• • •

Algunas semanas después, la duquesa, ignorante de la apuesta que se había cruzado entre su marido y el conde, recibía a éste, en su casa, con agrado, y con agrado también asentía a sus asiduidades, creyéndolas pruebas de amistad o, cuando más, demostraciones de simpatía.

El conde, viendo que no era mal recibido y, cada vez más maravillado por la belleza de la duquesa, supuso que se iba abriendo paso su plan de conquista. Y, para adelantarle, envió un día, entre un grandioso ramo de flores, una tórtola, bella como una flor más, y una tarjeta, en la que había escrito: «Dejad que esa tórtola que os envío sienta la dulce caricia de vuestras manos.—*Enrique de Marsay.*»

Cuando la criada entró las flores hasta la estancia en que la duquesa se hallaba, ésta, después de leer lo escrito por el conde, cogió entre sus manos, blancas y gentiles, la tórtola, a la que estuvo acariciando largo rato. Luego, se acercó a un balcón, lo abrió y dejó libre a la linda ave.

Poco después, recibía la visita del conde. En sus labios se dibujó la misma sonrisa de siempre. El conde, por esto, creyó llegado el momento de hablar. Y, acercándose a la duquesa, dijo:

Aunque vos procuráis esconder las penas de vuestro corazón, yo sé que vuestro marido os abandona y os hace infeliz. Creyéndolo así, no me creo obligado, por más tiempo, a callar mis sentimientos. ¡La amo! Quiero ofrecerle la felicidad que le falta. Quiero que termine su abandono.

—La desdicha y el abandono de una mujer—repuso la duquesa con dignidad,—deberían ser

respetadas, señor, y no violarlas, como usted pretende.

—Señora contestó el conde, no sabemos si realmente emocionado o si simulando aquella emoción.—cuando se ama y se ve sufrir penas inmerecidas a la mujer amada, uno olvida muchas conveniencias.

—Bien. Le disculpo en gracia a su buen deseo. Pero, no obstante, y aun sintiéndolo mucho, debo decirlo, señor de Marsay, que nuestra amistad debe terminar. No hay ninguna otra solución. Y créame, para mí, ésta es muy dolorosa. Perder un amigo es algo así como morir un poco.

El conde, advirtiendo la grandeza de alma de la duquesa, que corría parejas con su belleza maravillosa, se deshizo en excusas y pidió una y otra vez perdón para sus palabras. Ahora si pudiera creerse que estaba, en verdad, emocionado. La duquesa, creyéndolo así, le contestó:

—Creo sinceras vuestras excusas, señor de Marsay. Mas, no obstante, deba terminar nuestra amistad. Puede estar seguro de que le he perdonado y de que, en el fondo de mi alma, soy aún su buena amiga. Sólo después de haber sufrido mucho se aprende a comprender y a olvidar. Y yo me encuentro en este caso. Está usted disculpado de todo, pero no nos volveremos a ver, por lo menos aquí en mi casa.

El conde, confundido por esas palabras mesuradas y comprensivas, sintió que aumentaba su admiración hacia la duquesa. Pero no dijo nada. Se despidió amablemente de ella, y salió de la estancia, en la que había entrado por primera vez empujado por el deseo de ganar una apuesta, y de la que salía entonces, no sólo admirado de la duquesa, sino también un poco avergonzado

de su proceder que le evitaba, en lo sucesivo, ser amigo de una mujer tan superior.

Aquel mismo día, por la tarde, el conde fué a buscar a su amigo el duque, si no para hablarle de lo ocurrido, para decirle, sencillamente, que había perdido la apuesta.

El duque, al verle, antes de que él hablara, le dijo:

—Bien, amigo de Marsay, hoy debo marchar de París. ¿Se declara el irresistible caballero en completa derrota?

—Sí, de Langeais. Habéis ganado la apuesta. La nobleza de carácter de vuestra esposa me ha sorprendido y avergonzado.

Dicho esto, los dos aristócratas se separaron. Poco después, mientras el duque se dirigía a su domicilio, el conde se reunía con los amigos que, días antes, en la hostería, habían presenciado la apuesta. Y éstos, al ver al conde, le dijeron:

—Tened cuidado con Langeais. No olvidéis nunca lo concerniente a una mujer casada. Estamos comprometidos como caballeros en este asunto.

—Afirmando—repuso el conde—que la duquesa es una mujer que yo no merezco, como tampoco la merece su marido ni ninguno de ustedes. Se trata de una mujer extraordinaria, ante la cual, todos, en absoluto, por nuestra ligera opinión sobre su fragilidad, debemos sentirnos avergonzados.

—¡Se ha enamorado!—dijeron algunos.

—¿Qué más deseaba yo que ser digno del amor de tal mujer!

Entretanto, el duque había llegado a su casa y, molestado por los elogios que había oído al

conde de su esposa, creyéndolos un ardid, celoso, habló a la duquesa con tono duro, autoritario, desconfiado y mortificante.

—¿Ha estado aquí el conde Enrique de Mar-say?

—Sí. Ha venido muchos días. Esta misma mañana estuvo aquí largo rato.

—¿Y te ha hecho el amor?

—Sí, me ha hecho el amor. Pero yo le he hecho ver lo feo de su conducta y me ha pedido vivamente que le perdonara.

—¿Sí, verdad? Muy bonito. ¡Muy bonito juego habéis ideado para cegarme! Vos te defendéis y le habéis perdonado; él acaba de proclamar, de un modo rotundo, vuestra pureza.

—Si así lo ha hecho, ha cumplido con su deber.

—¿Ha cumplido con su deber! Bien. A mí, no me engañáis. Ya sé a qué atenerme.

—¿Qué queréis decir? ¿Qué es lo que suponéis?

—Supongo que estaréis esperando que yo deje París para volar a los brazos de vuestro enamorado.

La duquesa retrocedió indignada. Y, cuando ya se había alejado de su esposo, se le quedó mirando largo rato, con una mirada digna, en la que había, debíamos decirlo, un gran desprecio para las suposiciones deshonorosas del duque.

Y éste, indiferente a la mirada de su esposa, ciego por los celos, recién nacidos, y tan faltos de sentido, gritó:

—¿Y yo, pobre loco, hacía apuestas sobre vuestra fidelidad!

La duquesa, al oír estas palabras vergonzosas, habló, con ímpetu inesperado:

—¿Habéis osado hacerme objeto de una apuesta pública? Pues bien. Esa es un insulto que yo no puedo sufrir. Después de él, sabedlo—y no creo que penséis lo contrario,—quedan destruidas todas las obligaciones que como esposa os debo.

—Acordaos de que lleváis mi nombre—repuso el duque, no sabiendo qué otra cosa decir.—Si sois indiscreta no habrá gracia para vos.

La duquesa, considerando que era indigno continuar aquel diálogo, abandonó la estancia y dejó a su esposo solo. Iba dolorida por la falta de consideración de que había sido objeto, y decidida a no cruzar nunca más la palabra con su esposo, que no era merecedor, ni de su amor antes, ni, desde entonces, de su palabra.

El duque, al quedarse solo, hizo ese gesto indiferente de alzar los hombros y salió de la casa.

Poco después salía también de París para encargarse, en el Sur de Francia, de la división a la que había sido destinado.

• • •

Las estancias se sucedieron y pasaron unos años, pocos. La duquesa hacía, en París, vida poco menos que monaca. Nadie podía decir una palabra de ella ni de su conducta. A nadie recibía, con nadie se trataba, a nadie visitaba. Mientras, el duque estaba sirviendo en el regimiento del Sur del país. Un día, murió. Cuando la duquesa recibió la noticia, ya había sido enterrado. No le había vuelto a ver desde el día de su partida.

Poco después de esto, en los salones de la aristocracia parisién apareció una clínica y cruel coqueta, sin ilusiones ni entusiasmos, fría e indi-

ferente, que empezó a romper, como si fueran juguetes, los corazones de muchos hombres: era la duquesa, Antonieta de Langrais. Se dijo que después de su reclusión de una temporada larga, había salido al mundo para vengarse, en cuantos hombres se cruzaran en su camino, del mal que antes le habían hecho los hombres que se acercaron a ella, señaladamente su marido, primero con el abandono, después con el cinismo de apostar sobre su pureza, más tarde haciéndola escarnio de aquella pureza al suponerla amante de aquel con el que había apostado.

Una noche, cuando ya hacía algún tiempo que la duquesa estaba realizando estragos en el mundo masculino, en una reunión aristocrática se le acercó, sonriendo amablemente, Madame de Serisy, bella mujer que, hasta que apareció la duquesa en sociedad, había sido la reina de la coquetería. Al verse destronada, sintió una gran envidia hacia su adversaria, pero, ante ella, se mostraba amable, atenta, como ganada también por su imperio.

Como decíamos, Madame de Serisy se acercó a la duquesa y le dijo algunas palabras amables; ésta, que estaba rodeada por todos los hombres que había en la fiesta, apenas si atendió aquellas palabras. Pero poco después, dándose cuenta de que en la reunión había un hombre que no la había mirado ni le había dirigido ninguna galantería, volvió la cabeza hacia su falsa amiga y le preguntó:

—¿Quién es aquel caballero?

—El general Armando de Montriveau, el amigo más íntimo de Napoleón. Es un hombre taciturno y cansado, querida mía, pero es el hombre de moda. Pero es inconquistable.

—Eso me gusta. ¡Un hombre inconquistable!

¡Qué alegría! Estoy cansada de la facilidad con que todos los demás se rinden.

—Temo que sean inútiles las redes que tendáis al general. Es un aborrecador de las mujeres, mi querida Antonieta.

—Se debe intentar siempre una conquista así, querida.



Y dicho esto, la duquesa se alejó y empezó a mirar, con insistencia y con descaro, al general. El cual no tardó en darse cuenta de lo que ocurría, aunque, no obstante, siguió tan indiferente como de costumbre.

La duquesa, molestanda por aquella indiferencia, insistió más aún con sus miradas encendidas y simultáneamente apasionadas, sin hacer caso de nada de lo que ocurría a su alrededor y sin darse cuenta de que la estaba hablando, con galanterías

de toda especie, una de las víctimas de su coquetería, el marqués de Carlier, locamente enamorado de ella y a quien ella, cuando le vió a sus pies arrojado, no le volvió a hacer el menor caso.

—Realmente—decían las personas que presenciaban la persecución del marqués y la indiferencia de la duquesa,—es un cuadro digno de verse, el espectáculo de la duquesa tan considerada por el viejo marqués, al que ella apenas si dirige una mirada...

La reunión aquella tenía lugar en el palacio de los príncipes de Gaudlieu, tíos de la duquesa. Los cuales, sentados en un rincón, suntuoso y regio, asistían a la fiesta. La princesa, viendo a su sobrina, que era la admiración de todos, estaba contenta. Y dijo a su esposo:

—Nuestra sobrina se ha vuelto una bribonzuela. ¡Qué buena interlocutora y qué divina coqueta! Mirala. Todos los hombres están pendientes de sus palabras. Cualquiera diría que ésta es la misma dama recatada de hace tres años. ¡Qué transformación!

Mientras sus tíos hablaban así, la duquesa logró acercarse al general y hablar un momento con él. Poco después, consiguió alejarse con él hasta un rincón de la gran sala, donde no había nadie. Y allí tuvieron su primer diálogo. En recordado por parte de él. Simultáneamente apasionado por parte de ella. Como final, la duquesa le dijo:

—Puede usted ir a verme, cuando quiera, a mi casa, señor de Montriveau.

Agradecido, señora, contestó él.

En seguida se despidieron. Y la duquesa fue hacia donde estaban sus tíos, junto a los cuales estaba, en aquel momento, su adversaria, aquella dama coqueta a la que ella había destronado.

—Puedes estar satisfecha, sobrina—le dijo la princesa.—Nadie ha logrado tener tan atento al general.

—Sí, en verdad, es muy taciturno. Pero estaba tan decidido a acompañarme a mi casa, que no sabía cómo rehusar. Por último, he logrado disuadirle diciéndole que puede ir cuando quiera a visitarme.

—¡Pobre soldado! Ya le tenéis de rodillas pidiéndolos que le améis.

—No diré eso hasta que lo vea así.

—Mi adorada amiga—observó la adversaria;—tendréis ese gusto.

Rieron las tres, aparentemente satisfechas, en tanto que el general, hondamente impresionado por la belleza de la duquesa, paseaba por los amplios salones, sintiendo cómo nacía, en lo más íntimo de su corazón, un amor puro, apasionado, fuerte y henchido de delicadezas, hasta entonces, para él, desconocidas.

II

Pasaron unas semanas. Y durante ellas, la duquesa de Langeais resolvió que el general de Montriveau no debía pertenecer a ninguna mujer que no fuese ella, aunque no soñaba, ni mucho menos, con darle su corazón. Se trataba solamente de una vanidad más en la vida de vanidades que entonces llevaba.

En las varias visitas que ya le había hecho el general, ella había comprendido que era amada,

Valiéndose de este amor, pensaba mostrar, ante todos, su conquista. Pero, para poner obstáculos a la declaración del loco amor del general, procuraba no estar nunca sola cuando recibía su visita. Comprendía que, de haber recibido ya esta declaración, habría tenido que dar una respuesta categórica, la cual, puesto que ella no amaba, habría deshecho su plan. Y evitaba, y pensaba evitar en lo sucesivo, verse a solas con el general. De este modo no llegaría la declaración y podría, cumplidamente, seguir jugando con la pasión de un hombre que, hasta entonces, fué indiferente a los encantos de todas las mujeres.

Pasadas, como hemos dicho, unas semanas, la duquesa redondeaba su propósito, sonriendo, medio tendida en una mullida butaca de su salón íntimo. De pronto, se acordó que aquel día, por la noche, había de venir el general. Envió, pues, a buscar a uno de sus mejores amigos, al abate Goudraud. El cual no tardó en llegar. Y poco después que él, llegaba el general. Pasaron la velada los tres juntos. El general no pudo hablar de su amor, que era lo que quería la duquesa. Y cuando el abate, alzándose de su asiento, dijo:

—La hora es avanzada, hija mía, y tengo que dejáros.

La duquesa, dirigiéndose al general, añadió:

—Mi querido general, tendréis el honor de acompañar al abate Goudraud a su casa.

La orden era tan segura, que el general, sin replicar, salió con el abate. Y la duquesa, cuando ambos salieron, volvió a tenderse en su butaca y a sonreír, un tanto malignamente.

Pero al día siguiente, cuando apenas se había levantado, recibió la siguiente breve carta: «¡Cuánto os agradecería que me recibieseis sola en vues-

tra casa! ¡Volaría a vuestro lado y pondría mi corazón a vuestras plantas! Vuestro constante adorador.—*Armando.*»

Esta misiva llenó de perplejidad a la duquesa. Rechazar aquella entrevista, era imposible. Para idear un plan que la salvara de aquella necesidad ineludible de recibir al general, se puso un traje de calle y marchó a casa de sus tíos, en donde encontró, de visita, a su adversaria. La cual le dijo en cuanto la vió llegar:

—Se murmura que el general, al veros, exclamó: «Yo obtendré a la duquesa.»

—No hagáis caso de las murmuraciones, amiga mía. El general es un pobre hombre como los demás, que ignora el abismo hacia donde dirige sus pasos.

La falsa amiga, un poco molesta por esta respuesta, se alejó. Y la duquesa dijo a su tía:

—¡Ah! ¡Cómo me aborrezco!

Entretanto, el general recibía, en su casa, la visita de uno de sus mejores amigos. El cual, después de los saludos de rigor, le dijo:

—Os felicito, Montriveau. Todo París habla de vuestra conquista.

—No es mi conquista, sino la suya. Amo a la duquesa con un inmenso amor sin esperanza, porque su inocencia y su castidad...

—Acordaos de mi consejo: no dejéis que la duquesa haga de vos otro loco... Ya son varios los que fueron víctimas de ella.

—No creo que sea cierto lo que decís: la habéis juzgado mal: no es una coqueta...

El amigo del general, al oír estas palabras, se alejó un poco y murmuró entre sí: «Pobre Montriveau.» Luego, volviendo junto a él, dijo:

—Probablemente se estará riendo de vos; ri-

diculizando vuestro amor y maravillándose de lo pronto que os habéis dejado engañar.

—Ahora mismo voy a su casa. Esperadme aquí. Os contaré el resultado de esta entrevista.

Era, en efecto, la hora de la cita, señalada en una posdata de la carta que ya conocemos.

La duquesa había vuelto a su casa y dicho a sus criadas que estaba enferma. Por lo cual, en su estancia íntima, se echó sobre la butaca, se puso un pañuelo sobre la frente y esperó.

Cuando llegó el general, le hicieron pasar a la estancia. Y la duquesa, al verle entrar, exclamó:

—Porque sois vos, os he recibido. Pero me encuentro muy mal.

Ante esto, el general, claro es, no osó hablar de su amor. Y se despidió atropelladamente.

Cuando poco después llegaba a su casa, el amigo, a quien le contó lo ocurrido, se rió y dijo:

—Te ha engañado, estoy segura de que te ha engañado. Se estará riendo, ahora, de cómo te ha engañado.

El general no sabía qué decir.

Su amigo habló de nuevo:

Si deseáis conseguirla, rechazad vuestras bellas ideas de amor y de ternura. Exigid cualquier cosa, pero no la supliquéis. Castigad su crueldad si rehúsa. La naturaleza de tales mujeres sólo se suaviza a fuerza de duros golpes. Si sólo sufriendo puede dar su corazón, es una obra de caridad el herirle.

El general, impresionado por estas palabras de su amigo, y casi convencido de que realmente, la duquesa no estaba enferma y le había engañado con aquella estratagema, salió nuevamente de su casa y se encaminó hacia la de la duquesa, en la

que entró sin avisar. Y mientras la criada iba a decir a la duquesa que el general estaba allí otra vez, éste, por otra puerta, irrumpió en la estancia donde la duquesa se hallaba, se acercó a ella y, abrazándola, la besó, con pasión, en los labios.

La duquesa, que no esperaba aquel ataque, se desprendió de los brazos del general y dijo algunas palabras de reproche.

El general, decidido, contestó:

—Habéis estado aceptando mis atenciones durante meses enteros, fingiéndos enamorada de mí. Ahora, al volver otra vez aquí, porque sospeché que me habíais engañado fingiéndos enferma, he comprobado que, en efecto, me habéis engañado y que, sin duda, os habéis burlado y reído de mí. Por eso he tomado, a la fuerza, lo que hasta aquí creía que había de recibir de buen grado.

—Pero...

—Sí, es una cosa mal hecha. Lo comprendo. Perdonadme. Mas, al propio tiempo, Antonieta, quiero saber la verdad: ¿me amáis o no? Terminemos de una vez.

—Os amo, Armando, pero con un amor tan puro, que no osaré profanarlo.

—No es verdad. Me engaños de nuevo. Lo leo en vuestros ojos.

—No os engaño. Os amo. Pero no os puedo dar mi amor: hay una barrera...

—Si realmente os interesáis por mí, debéis destruir toda barrera y olvidar toda obligación.

—No puedo.

—Comprendido, Antonieta. Más vale así de todos modos. Ahora ya sé a qué atenerme. La verdad es que fui un loco creyendo que podría

conseguir a la mujer a cuyas plantas está todo París.

—Todo, menos vos, señor. Sois demasiado orgulloso para arrodillaros ante una mujer.

—Antonietta, mi mayor orgullo es humillarme ante vos.

Y diciendo esto, el general se arrodilló a las plantas de la duquesa.

La casualidad hizo que, en aquel momento, llegaran, de visita, la princesa y Madame de Serisy. Al llegar junto a la puerta de la estancia y ver al general arrodillado, se quedaron suspensas, sin atreverse a entrar. La duquesa, que las vio llegar, las miró con una sonrisa casi imperceptible. El general, que la estaba mirando, y que se hallaba de espaldas a la puerta, vio aquella sonrisa, volvió la cabeza y al ver que dos damas presenciaban la escena, se alzó del suelo, visiblemente colérico, al propio tiempo que avergonzado.

La verdad es que la duquesa no había tenido intervención en aquello. Pero el general, ya escarmentado, creyó que todo había sido preparado para volver a reírse de él. Procurando serenarse, dijo, viendo que ya entraban en la estancia las dos damas:

—Si estas señoras se dignan excusarnos, continuaremos la pequeña escena que estábamos representando. Es decir, cuando Carlos primero, arrodillado delante del ejecutor, dijo: «Si yo hubiera...»

—No, general—repuso la duquesa,—otro día.

Y comprendió que, en lo más hondo de su alma nacía, para aquel hombre, un verdadero amor. Pero él, confundido por lo que había sucedido, seguro de que había sido objeto de una burla, se dispuso a marchar. Antes de hacerlo,

logó decir a la duquesa, sin que lo oyeran las dos damas:

—Señora. Estáis jugando con el hacha del destino.

Dicho esto, salió. Y en cuanto el general hubo salido, Madame Serisy dijo a la duquesa:

—¡Oh! ¡Arrodillado a vuestros pies! ¡Qué conquista más completa, querida amiga mía.



—No estaba a mis pies. Os juro que estábamos representando una comedia.

Dijo estas palabras la duquesa con un tono tan extraordinario, que su tía, la princesa, le dijo:

—Defendedos, sobrina, contra vuestra debilidad. ¡Pobre niña! ¡Estáis ya enamorada de él!

La duquesa no rechazó este supuesto de su tía. Y se sentó, no indiferente como siempre, sino con un aire pensativo y preocupado.

Entretanto, el general había llegado a su casa, y, habiendo encontrado allí, todavía, a su amigo, le dijo:

—La cogeré por el cuello y la haré probar una hoja más acerada que la de la guillotina. Se ha burlado de muchos hombres. Yo seré el vengador de todos.

Algunas noches después, en otra reunión aristocrática que se celebraba en el palacio de los príncipes, tíos de la duquesa, la duquesa y el general volaron a encontrarse frente a frente. El general pasó por junto a la duquesa indiferentemente. Pero ésta, acercándose a él, le dijo:

—Armando, ¿queréis perdonarme?

—No, señora. No puedo perdonaros. Esta noche veremos quién destroza más profundamente el corazón del otro.

Madame Serisy, que presenciaba la humildad de la duquesa ante el general, decía a sus amigas:

—¡Cuánto me divierte! ¡Mi pobre amiga está al fin cogida en sus propias redes.

La fiesta transcurrió sin lograr distraer ni un momento a la duquesa. Al fin, cansada, decidió marcharse antes del final. No podía soportar la indiferencia del general, del que ya estaba, realmente, enamorada.

Se despidió, pues, y salió.

Poco después, al pasar el coche en que iba ante una puerta que no era la de su casa, se dio cuenta de que el cochero que la había conducido no era el suyo y de que los criados que salían a

abrir la portezuela tampoco eran los suyos. Extrañada, exclamó:

—No sois mis criados. Este no es mi coche. Esta no es mi casa.

Como nadie le contestara, se dispuso a huir. Antes de que lo intentara, uno de los hombres que había a su lado le dijo:

—Señora, tengo orden de mataros, si hacéis el menor ruido.

Quiso gritar. Le taparon la boca. Un momento después, yacía, desvanecida, en un lujoso salón de una lujosa morada.

Era aquella la casa del general. Todo aquello se había hecho por disposición suya. La duquesa, al salir del palacio de sus tíos, fué obligada, sin ella darse cuenta, a ir hacia allí.

Cuando, por los criados del general, fué dejada en la lujosa estancia, desvanecida, nada sabíamos aún de esto. Pero, un momento después de esto, entraron el propio general y su amigo que era doctor. Este, en presencia del general, tomó el pulso a la duquesa y puso su oído junto al corazón de la bella mujer. Y, en seguida, dijo:

—No temáis nada, amigo mío; su corazón late normalmente.

—Muy bien, doctor. Podéis decir a vuestros hombres que reanuden sus preparativos.

Inmediatamente después de haber visto que la duquesa no corría ningún peligro, que sólo era víctima de un desvanecimiento sin importancia, el general y el doctor abandonaron, charlando en voz baja, la estancia en que estaba, sin conocimiento, la duquesa. Y, cuando apenas los dos hombres habían salido de allí, la duquesa abrió los ojos; acababa de volver en sí. Dirigió una mirada inquisitiva a cuanto le rodeaba; todo le

era desconocido, absolutamente desconocido. De súbito, se acordó de cómo había sido llevada hasta aquella estancia; de la fiesta, de su marcha antes de que terminara, de cómo subió en un coche que luego resultó no ser el suyo, y de cómo unos criados extraños la recibieron y, ante su deseo de huir la sujetaron, y ante su intentada defensa, con un grito, la imposibilitaron para que no pudiese defenderse ni gritar. Después, ya no pudo saber más. «De nada más me acuerdo», dijo. «Debió ser entonces cuando me desvanecí», añadió. Y, en seguida, en cuanto llegó al final de lo que recordaba, un gesto de terror se pintó en su rostro; se estremeció, miedosa y, de un salto, se puso en pie, como pronta a emprender veloz carrera de huida.

Mas, en cuanto se encontró en medio de la habitación, sola y asustada, apenas si se atrevía a dar un paso. La estancia tenía varias puertas. Fue recorriéndolas una a una, como dispuesta a salir; pero de todas las puertas, al levantar la cortina, retrocedía aterrorizada. ¿Qué es lo que había detrás de aquellas cortinas misteriosas? Había unos hombres, los criados del general, puestos allí por éste para que la duquesa no pudiera huir. ¿Por qué, de unos hombres, tenía tanto miedo la mujer acostumbrada a que hasta los más valerosos se atrodillaran ante ella? Se dijo que era su conciencia, el conocimiento de que había hecho mucho mal, lo que la asustaba principalmente.

Cuando se acercó a la última de las puertas que tenía la estancia, el terror con que retrocedió fué más grande que nunca antes lo había sido. Había visto a unos hombres junto a la chimenea, donde ardían, en gran número, viejos, gruesos troncos. En su imaginación, tan quebrantada por

aquellas últimas horas de penosas impresiones, aquel fuego no era otro que el del infierno, y aquellos hombres eran, no le cabía duda, diablos.

Cuando volvió, andando de espaldas, hasta el centro de la estancia, sin apartar la vista de la puerta por la que había visto el fuego, al llegar junto al sitio en donde había yacido desvanecida, estuvo a punto de perder de nuevo el conocimiento; tal era su terror. Pero, un hombre, apareció en aquella puerta. Era el general. Al verle, la duquesa gritó, con miedo por lo que había sufrido en aquellos momentos, con alborozo por la esperanza de ser salvada:

—¡Salvadme, Armando! No sé dónde estoy, ni quién me ha traído aquí, ni qué es lo que se proponen hacer conmigo. ¡Salvadme!

—No estoy aquí —contestó pausadamente el general, con voz que quería ser serena pero que se advertía era emocionada,—señora, para salvaros, sino para juzgaros.

La duquesa, aunque no completamente, comprendió. Y miró al general fijamente, como pidiéndole perdón por lo mucho que le había hecho sufrir y como ofreciéndole un tesoro de amor que había ya en ella para él.

El general no vió aquella mirada tan henchida de promesas, y aunque la hubiese visto la habría juzgado, como otros muchos actos de la duquesa, falsa. Ella, entretanto, pensaba, segura ya de por qué se había sido traída allí, en qué sería lo que iban a hacerle.

Y el general habló:

—Antónieta de Langeais: Hubo un día que llamasteis al amor de un hombre. Y ese hombre, con su amor, vino a vos puro y honesto; su amor era tan respetuoso como violento; y tan grande,

que absorbió todo su ser. Vos jugasteis con aquel amor. Robasteis deliberadamente la alegría a una vida y envenenasteis todos sus pensamientos. Habéis matado a un hombre, no temporalmente, sino para la eternidad. Yo, señora, os acuso de ese crimen. Y os he traído aquí para que recibáis el castigo que crimen de tal naturaleza merece.

La duquesa, acercándose al general, contestó:

—Yo os amo, Armando. Confieso que primeramente acepté vuestras atenciones por capricho. Pero hoy*... Hoy mi amor hacia vos es como una eterna llama que está consumiendo todo mi ser. Sé que he perdido vuestra confianza, que no me creeréis. Sin embargo, esa es la verdad: ¡Os amo! ¡Mi amor, mirad si es grande, es una eterna llama!

—No afadáis—repuso el general con pena— a la burla y al escarnio que habéis hecho hasta aquí de mi amor, el pecado de engañarme hablando de la eterna llama del amor. Esas palabras, en boca de quien se burla de un amor como el mío, son un pecado, un horrible pecado.

La duquesa iba a jurar que sus palabras eran ciertas, sentidas. Pero, conmovida, no acertó a decir nada. Y el general, interpretando aquel silencio como una vergüenza de haber mentido, hizo un signo a los hombres que había en la habitación vecina, junto al fuego. Y uno de aquellos hombres fué hacia el general con un hierro candente en la mano. Lo cogió el general y, con él en la mano, se dirigió nuevamente a la duquesa, a la que dijo:

—Este hierro candente dejaré en vuestra frente una marca tan denigrante como la de un criminal.

La duquesa se puso de hincos ante el general y contestó, cerrando los ojos:

—Armando, cuando me hayáis señalado con

vuestra marca, no me podréis abandonar y seré vuestra para siempre. ¡Pronto! ¡Poned ese hierro en mi frente!

Fué un momento dramático. La duquesa, de rodillas, sin abrir los ojos, esperaba el dolor de la quemadura infamante. Estaba bien dispuesta a sufrir en silencio aquel dolor, pensando que con él se ganaría el aprecio del general. Y éste, entretanto, ante aquella mujer a la que tan encendidamente amaba, y que se le ofrecía sin resistencia para el suplicio de la marca del hierro candente, no sabía qué hacer. Al fin, arrojó el hierro lejos de sí, y exclamó:

—No tengo valor para marchitar una belleza que tanto amo y que tanto daño ha hecho a mi alma.

III

Después de esto, la duquesa volvió a su casa, más enamorada que nunca del general. Y como había visto también que el general la amaba a ella de un modo apasionado, estaba segura de que, desde el día siguiente, comenzaría un idilio delicioso y bendicho de felicidad.

Pero llegó el día siguiente y el general no fué a visitarla. Ni tampoco fué en los días sucesivos. Pasó así una semana, que fué para la duquesa tan larga como una eternidad. Al fin, no pudiendo resistir más su soledad y aquella indiferencia de Montriveau, le escribió una carta, que le envió con su criado de más confianza. Y cuando el criado volvió, la duquesa, impaciente, le preguntó:

—¿Habéis dado mi carta a Montriveau?

—Sí, señora.

—¿A él mismo?

—A él mismo, en su propia mano.

—Bien. Ahora necesito flores. Todas las flores que haya en el jardín. Y ponedlas en mi estancia. ¡Que haya flores por todas partes!

Entretanto, el general, en su casa, leía la carta de la duquesa. La cual decía: «Armando: Estoy atormentada por el remordimiento de haberos hecho sufrir. Os imploro humildemente que vengáis a verme. Estaré sola esta tarde a las dos.—Antonietta.»

El general, paseando por la estancia, y arguyendo entre su mano la amorosa misiva, repelía:

—Estaré sola esta tarde a las dos... Estaré sola esta tarde a las dos... Pues bien, no iré. Aunque se me rompa el corazón, no iré. No me presto a ninguna burla más. ¡No iré!...

Y no fué, en efecto.

Cuando llegaron las dos de la tarde, la duquesa entró en su salón íntimo, todo cubierto de flores, para esperar allí la llegada del amado. Pronto hubo de advertir que el amado no venía. Primero se impacientó, pero más tarde, cuando ya habían pasado algunas horas, se convenció de que su espera, como su impaciencia, eran inútiles. Y lloró, lloró amargamente, con una pena y una angustia que, hasta aquel momento le eran desconocidas. Estuvo llorando largo rato, en silencio, con sollozos entrecortados, pensando al mismo tiempo cuán cruelmente se rebaba en ella el destino. Pues si bien era verdad que había sido coqueta, aquello había pasado y entonces amaba como no había amado nunca, con una sed insaciable de darse toda

entera, de sacrificar por completo su personalidad en aras del amor que sentía...

Al fin, rendida, deshecha, fué vencida por el sueño. Ya las dos de la madrugada, su camarera entró y, despertándola, le dijo:

—Señora, quizá no os hayáis apercibido de que son las dos de la madrugada.

Sin decir nada se fué a la cama, donde, hasta que se durmió de nuevo, estuvo otra vez llorando, con llanto de copiosas lágrimas que nacían en su corazón y subían atropelladamente a los ojos en tanto que los sollozos salían, uno tras otro, y cada vez con más pena, de su garganta.

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, escribió otra carta al general, más apasionada que la anterior, más amorosa, más humilde, más emocionada. Tampoco recibió respuesta. Escribió otra vez al día siguiente. Nada de contestación. Volvió a escribir. Durante veintidós días, siguió escribiendo, con una constancia a prueba de todos los desdenes. Y cada día sus cartas eran más encendidas y más henchidas de promesas de amor. Pero no recibía ni la más insignificante respuesta.

Por último, al que hacía veintitrés días, escribió la siguiente misiva: «Esta es mi última carta, Armando; he hecho durante vuestro silencio una grave resolución: o ser vuestra o desaparecer. Esta carta llegará a vuestras manos a las cinco: si tres horas después no habéis dejado vuestra casa para venir a verme, todo habrá terminado para mí. Lo repito: habrá terminado todo para mí. No moriré, querido, pero ningún poder humano me podrá retener en el mundo.—Vuestra dolorida, Antonietta.»

En el momento que la duquesa iba a enviar esta carta, llegó su tío, el príncipe, al que había

llamado poco antes. Este, informado ya de los propósitos de su sobrina, cogió la carta y dijo a la duquesa:

—Para asegurarme de que el señor Montriveau recibe esta carta, se la llevaré yo mismo.

Y salió.

Cuando volvió, aseguró que la carta estaba ya en manos del general. La duquesa, entonces, le dijo:

—Esta noche, querido tío, se decidirá el futuro curso de mi vida. Volved luego y permaneced conmigo hasta el fin.

En seguida dió las órdenes oportunas para que su coche estuviese preparado, en la puerta, a las siete y media. Y luego de dispuesto todo esto, estuvo largo rato hablando con su amigo el abate, con el cual había acordado lo que debía hacer en caso de que el general no acudiese a su último llamamiento.

Entretanto, el general, con la carta de la duquesa en la mano, daba vueltas por su habitación, sin saber qué hacer. El párrafo que decía «Esta carta llegará a vuestras manos a las cinco: si tres horas más tarde no habéis dejado vuestra casa para venir a verme, todo habrá terminado para mí», lo leyó más de cien veces. Y ya eran las siete y aun no se había decidido sobre lo que debiera hacer.

Ultimamente, acordándose de que su amigo el doctor había siempre acertado en sus juicios sobre la duquesa, envió a un criado para que le buscara y le dijera que viniese sin tardanza. «Lo que él me diga haré»—se dijo.

Pero llegaron las ocho menos cuarto y su amigo aun no había venido. Se impacientaba, se po-

nía nervioso, sufría, paseaba sin cesar con la carta en la mano, leyéndola una y otra vez.

Mientras, la duquesa, desesperada ya, se disponía a partir. Subió en su coche, con el abate y con su tío, decidida a desaparecer, a abandonarlo todo. Allí quedaba su casa, y con ella, toda su vida pasada.

Partió el coche. Pero como aun no eran las ocho, dió orden al cochero que fuese en dirección hacia la casa del general, por si acaso le encontraban en el camino. No le encontraron. Al llegar frente al domicilio de Montriveau, la duquesa dijo al cochero que parara. Bajó del coche. Y dijo al abate y a su tío:

—Marchaos y esperadme a alguna distancia. Yo esperaré aquí hasta que den las ocho. Si cuanto esto ocurra el general no ha salido, iré a buscaros y partiré definitivamente. Si sale y marcha hacia mi casa, es que va a buscarme. Entonces... Todo será de otro modo.

El coche se alejó. La duquesa se ocultó tras una columna de junto a la puerta.

Cuando sólo hacía un momento que estaba allí, llegó otro coche. Bajó de él el doctor, amigo del general, el cual entró rápidamente en la casa.

En aquel instante un reloj cercano dió, al aire, ocho campanadas... La duquesa, con el alma deshecha, se despidió de su última esperanza y se alejó de la casa del amado, llorando en silencio.

Poco después subía en su coche y ésta se perdía en la obscuridad de la noche por unas callejuelas apartadas y solitarias.

Entretanto, el doctor había llegado a la estancia en que el general le esperaba impaciente. En seguida que hubo entrado, sin decirle nada, el general le entregó la carta de la duquesa, que el

doctor leyó con especial atención. Cuando hubo terminado la lectura, antes de que él dijera nada, el general le preguntó:

—¿Qué me decía de esa carta?

—Os digo que habéis triunfado, amigo mío. Este es el grito de un alma de mujer enamorada.

—¿Os parece así?

—Estoy seguro de ello. Si no se ama, no se escribe una carta así.

El general, mirando el reloj, que marcaba cinco minutos menos de las ocho, exclamó:

—¿Quizás sea ya tarde!

El doctor miró también el reloj y, sorprendido, sacó el suyo, en el que eran ya más de las ocho. Y dijo:

—Sí, es tarde. Vuestro reloj está retrasado. Las ocho dicen ya. Las oí cuando subía la escalera.

Sin contestar, el general se lanzó a la escalera como un cohete. Ya en la puerta subió en el coche de su amigo y ordenó al cochero que pusiera los caballos al galope, indicando hacia donde debía ir. Un momento después, llegaba a la casa de la duquesa, en donde le dijeron que Antonieta había partido ya, nadie sabía hacia dónde.

Cabizhajo y pensativo, con el alma transida de dolor, el general volvió a su casa. Y pasó revista, mentalmente, a aquella tragedia de la que era juguete. Primero amó y no le amaban; después, cuando ya era amado, no creyó en el amor; ahora, que ya tenía la prueba definitiva de que su amor era correspondido con igual fervor con que él amaba, la amada había partido nadie sabía hacia qué destino desconocido.

• • •

Pasó un año y todas las pesquisas de los poderosos amigos de Montriveau, para ponerle sobre las huellas de la duquesa, resultaron infructuosas. Nadie sabía nada de ella. Había desaparecido tal que si se la hubiese tragado la tierra.

Al fin, un día, oyó que se susurraba que la duquesa se había retirado a un convento español en una isla del mediterráneo. Preguntó, indagó, puso en juego toda su asucia y diplomacia y supo, por último, con certeza, que aquel rumor era cierto. Se informó de todo y una bella mañana primavera! partió hacia la isla en que la amada vivía. Procuró, antes de partir, llevar toda clase de recomendaciones y de cartas para el confesor del convento. Las cuales le fueron dadas, por sus amigos y conocidos, con tanto agrado como complacencia.

Así, cuando llegó a la isla, aquellas cartas, de personas poderosamente influyentes, le abrieron todas las puertas. Y el confesor del convento, sin demora, le recibió en audiencia, con grandes muestras de consideración.

En las cartas que el general había llevado, se decía que éste era hermano de la duquesa, para facilitar así la deseada entrevista.

Por esto, el general dijo al confesor:

—He venido a preguntar si podría hablar con mi hermana Antonieta de Langenis. Se están esperando sus disposiciones acerca de la hacienda de su difunto marido.

—Veré si es posible. Nuestras ordenanzas lo prohíben.

Aquel mismo día supo la duquesa que el general, pasando por hermano suyo, estaba allí. Pero no dijo nada de si quería o no verle.

Al cabo de algunos días de espera, el confesor

y la abadesa acordaron suavizar, en aquel caso, el extremado rigor del convento y dejar que, a través de una reja, habiaran los que ellos creían hermanos.

—He cometido un pecado mortal—dijo la duquesa cuando estuvo frente al general, separados por la reja—accediendo a esta entrevista, concedida porque se os supone mi hermano.

El general, al oírla hablar así, se extrañó. Pero ella, comprendiéndole, añadió:

—No entienden nuestra lengua.

—Lo celebro. Así podré hablar con libertad y decir lo que siento. Antonieta, os amo. Y no deben existir barreras para nosotros. No profese. Salga de aquí para casarse conmigo... Volved conmigo a la vida y al refugio de mi amor.

La duquesa no contestó. El general habló de nuevo:

—Deseo que abandonéis esta tumba porque os amo, Antonieta.

Nuevo silencio de la duquesa. Montriveau añadió:

—No descansaré hasta que seáis mía. Estos muros no me podrán separar de la mujer que amo.

La abadesa, viendo los gestos apasionados del general, comprendió que de aquel modo no hablaba un hermano. Y dirigió una mirada interrogadora a la duquesa que hizo a ésta bajar la vista hacia el suelo.

La abadesa entonces, dió por terminada la entrevista. Ya solas, la duquesa le dijo:

—He tenido culpa en que seáis engañada, madre abadesa. ¡Perdonadme! Ese hombre no es mi hermano. ¡Es mi amado!

—Bien, hija mía. Aun es tiempo de rectificar. Te concederé una entrevista, a solas, con ese hom-

bre al que amas y que te ama. Si sabes resistir, seguirás aquí. Si no, se te abrirán las puertas para que te marches con él.

—No, madre superiora. Perdonadme y compadeceos de mí. No me castigéis devolviéndome al mundo.

—No soy quien para devolverte ni para retenirte. Ese es asunto que sólo a ti concierne. Si en la entrevista con el hombre a quien amas, sabes vencer, es que puedes continuar aquí. Si sales vencida, es que debes marcharte.

En seguida, la abadesa dispuso la entrevista. Entraron, en una habitación, guiados por ella, la duquesa y el general. La abadesa se quedó en la puerta.

El general, solo con la duquesa, con voz quebrada por la emoción, dijo:

—Os amo. Salid de aquí.

—Yo también os amo. Sé que esto, estando aquí, es un pecado mortal. Pero sabré vencerme y todo me será perdonado. No volveré más al mundo.

—¡Antonieta!

—Adiós, Armando. Rogaré por vuestra felicidad en este mundo y en la eternidad...

—¡Antonieta, por Dios, tened piedad de mí!

Cuando el general dijo estas palabras, la duquesa iba ya hacia la puerta para salir. Pero fué tal el tono en que las pronunció, había en ellas un ruego tan frímo y tan hondo, que ella no pudo resistir un impulso impetuoso y volvió hacia él cayendo en sus brazos.

La madre abadesa, que espiaba, entró en la estancia y dijo a la duquesa:

—Hermana, habéis sucumbido al fin: idos. No estáis dispuesta para el sacrificio de profesar.

El mundo os ha llamado y vuestro propio corazón ha respondido. Habéis pecado. Pero en una vida de sacrificio, de honor, de amor y de humildad, encontraréis el perdón.

Días después, en un pequeño barquito, los dos regresaban a Francia. La llama eterna, en la que los dos, por igual, se consumían, les prometía una grande, íntima y maravillosa felicidad.

FIN

Cine Popular

Revista semanal ilustrada. — Sale los miércoles. — 20 páginas con profusión de grabados, elegantes cubiertas a colores y preciosas fotografías por el nuevo procedimiento del hueco-grabado. — Precio, 20 céntimos.

CINE POPULAR no es una revista cinematográfica como tantas en su género, únicamente interesantes a los industriales, comerciantes y personas relacionadas con este arte. No es tampoco una publicación, aunque excelente, cara.

CINE POPULAR reúne a las condiciones de economía todas las excelencias de información, ilustración gráfica, actualidad e interés de las mejores revistas, aventajándolas aun en muchos casos, ya que sus artículos son originales y sus informaciones inéditas en España. A esto junta, como su nombre indica, el especialísimo interés popular, social y artístico, tratando estos asuntos e ilustrándolos con la simpatía y docto conocimiento que se merecen.

Además de los artículos, críticas, informaciones, etc., contiene cada número cuatro páginas de folletín encuadernable, argumentos de las principales obras, siluetas documentadas de los grandes artistas, cuentos y anécdotas del Cine, notas de interés, etc., etc.

Tiene además, a disposición de sus lectores, una magnífica colección de argumentos cinematográficos elegantemente editados y un archivo riquísimo de postales de todos los artistas de la pantalla.

Para pedidos: «Publicaciones Mundials»,
Barbará, 15. Apartado Correos 925. Barcelona